

Los mitos de la cartografía y su influencia en el descubrimiento y la colonización de América

Por Antoni PICAZO MUNTANER*

EL EMPEÑO DE COLÓN por cruzar el océano y llegar de esta forma al Cipango descrito por Marco Polo, inauguró una nueva era.¹ El hallazgo del Nuevo Mundo quebró la mentalidad de la época² de tal forma que la sociedad entera tuvo que asumir ese descubrimiento según los conocimientos, y también las fantasías, que entonces imperaban en Europa.

Pero la concepción de la realidad que señoreaba el Viejo Mundo estaba saturada de temores y esperanzas, pues el espacio no dejaba de ser la representación de la geografía de la mente:

Las visiones de la realidad —tanto las medievales como las modernas— suelen ceñirse a contornos marcados por eso que se llama la “imagen del mundo”, que precisamente consiste en no ser visible en cuanto tal. Esa imagen es más bien una representación mental formada por estereotipos que, a su vez, están empapados de afectos, aversiones, anhelos, esperanzas y temores.³

* Antoni Picazo Muntaner es doctor por la Universidad de las Islas Baleares con la tesis *El espacio imaginario: la geografía fantástica como fenómeno de colonización en América del Norte*, también es licenciado en Geografía por la misma universidad, donde actualmente es profesor asociado de Historia Moderna de América e Historia Moderna de la Corona de Aragón. Desde 1986 es encargado del Archivo Municipal de Artá, en Mallorca. E-mail: <cortespicazo@terra.es>.

¹ La idea de llegar al este por el oeste no era nueva. En la obra de Juan de Mandeville *Libro de las maravillas del Mundo*, 2 vols., Madrid, 1953, sin duda utilizado por el Almirante, y a pesar de ser una obra donde priva lo legendario, ya se menciona la redondez de la tierra. El manuscrito de Mandeville, al parecer basado en algunos “Itinerarios” y escritos medievales como los de Carpino, circulaba por Europa. En la página 13 leemos: “E si yo hubiera fallado naves y alguna compañía por ir adelante no creo que hubiese visto toda la redondez del mundo alrededor [...] Porque vos digo, por cosa cierta, que hombre podría rodear alderredor toda la tierra y redondez del mundo”.

² John H. Elliott también habla de esta “duda” en *El viejo mundo y el nuevo 1492-1650*, Barcelona, Altaya, 1996, p. 20: “puso también en duda un buen número de prejuicios europeos sobre la geografía, la teología, la historia y la naturaleza del hombre”.

³ Ignacio Gómez de Liaño, *Paisajes del placer y de la culpa*, Madrid, Tecnos, 1990, p. 21.

En este mismo aspecto remarcamos que tanto la cultura clásica como la narrativa medieval y moderna, a la que deben sumarse los relatos bíblicos, convirtieron la fantasía en posibilidad real. Los navegantes y viajeros habían asumido esa geografía de ensueño como una forma mental e incuestionable.⁴ De ahí que el espacio mismo se transformase en una *imagen del mundo absolutamente fantaseada*.

Además de lo dicho, la mayoría de los geógrafos clásicos, desde Plinio a san Isidoro, hablaron de reinos encantados e islas mágicas. En cada caso los situaron en lugares exóticos, la mayoría de ellos en el océano Índico, que se había convertido en una geografía maravillosa y onírica.⁵ Uno de los ejemplos más evidentes de esta afirmación lo hallamos en la obra de Mandeville⁶ y en la de Pomponio Mela, el cual en su *Cosmografía* de 1478 dividió el mundo en tres partes. En los confines de Asia colocó a las Amazonas, en África los Atlantes y en la India Sátiros y Grifos.

Con la llegada de la geografía moderna, pongamos el ejemplo de Mercator, esta visión mágica no desapareció y en sus mapas también figuraron esos espacios imaginarios. La geografía vigente hasta ese momento sufrió un gran golpe: el mundo se amplió de una forma asombrosa. De ahí la necesidad de establecer una cartografía adecuada para aprehender y comprender el continente recién hallado. Ello posibilitó la evolución de las técnicas existentes catapultando, aunque en un proceso lento, la ciencia geográfica y supeditándola, en definitiva, a la empresa descubridora o colonizadora.

Desde siempre, el mar había sido un confin donde la imaginación no tenía límites y se desbocaba fácilmente. Los europeos pensaron —apoyados por la geografía clásica— que ese gran océano, plagado de monstruos y serpientes marinas, caía en la nada y por eso lo deno-

⁴ Leonardo Olschki, "Ponce de Leon's fountain of youth history of a geographical myth", *The American Historical Review*, 21 (1941), pp. 361-385, expresa en la página 376 cómo "The history of geographical explorations readily handed down by all form of literature, was constantly present in the minds of the travellers of the Middle Ages and the Renaissance"

⁵ Jacques Le Goff, "L'Occident médiéval et l'océan Indien: un horizon onirique", en *Pour un autre Moyen Âge*, París, Gallimard, 1977, p. 284, nos dice que: "L'océan Indien, c'est le monde clos de l'exotisme onirique de l'Occident médiéval".

⁶ Mandeville, *Libro de las maravillas del Mundo*, pp. 40ss., situó en el Índico enanos que no tenían lengua, gentes de pies como caballos, hombres y mujeres pegados que sólo tenían un pecho, hombres de seis brazos, hombres vellosos como osos que viven en el agua, hombres de seis dedos, mujeres con barba, hombres con cuatro ojos en medio de la frente, gigantes de un solo ojo, pigmeos de tres palmos que guerreaban con grullas y, por supuesto, la isla de las Amazonas y en el Paraíso Terrenal. Todo ello en las islas adyacentes a la India.

minaron Mar Tenebroso.⁷ Otros, en cambio, desmitificaron aquel vasto espacio oceánico. Lorenzo Bueniconti, por ejemplo, en 1476 dedujo la existencia de un cuarto continente en medio de aquel vasto mar desconocido.⁸

A medida que el Atlántico empezó a ser conocido, perdió, en parte, ese temor que infundía, afianzándose algunos de sus mitos. Entre ellos destacan la isla de Antilia y sus famosas Siete Ciudades, que tiempo después serían vistas en el Nuevo México por el imaginativo fray Marcos de Niza; o la no menos legendaria insula del Brazil.⁹ A pesar del paso de los años, la isla siguió apareciendo en la cartografía del siglo XVI: Mercator la recoge en muchos de sus mapas y Benedetto Bordone, en su *Isolario*, editado en Venecia en el año 1534, colocó la insula de Brazil junto a las Azores.

Sobre la isla de Antilia, Pedro de Medina en su *Libro de grandezas y cosas memorables de España* escribió lo siguiente:

No muy distante de la isla de Madera es otra isla que se llama Antilla, que agora no se ve [...] en un Ptolomeo que fue dirigido al Papa Urbano hallé señalada esta dicha isla y junto a ella escrito lo siguiente [...] “Esta isla Antilla, en otro tiempo por los lusitanos fue hallada, mas agora cuando es buscada no se halla. Hay en ella gentes que hablan la lengua de España, que del Rey Don Rodrigo postrero de los Reyes Godos de España, cuando los Bárbaros en ella entraron, creiese que a esta isla huyó. Esta isla tiene un Arzobispado y seis obispos, donde cada uno tiene ciudad propia, por la cual de muchos fue llamada la isla de las siete ciudades. La gente de ella vive cristianísimamente, tiene abundancia de todos los bienes y riquezas de este mundo” [...] En el Ptolomeo que he dicho está situada casi en el paralelo del estrecho de Gibraltar a los treinta y seis grados y medio de altura.¹⁰

⁷ En este aspecto se olvidaron las tesis de Anaximandro y de Eratóstenes y se mantuvo la de Heródoto, es decir, la de un océano periférico. Esta tesis, avalada por el elemento ideológico cristiano, perduró durante siglos.

⁸ Puede consultarse más ampliamente en Thomas Goldstein *Geography in fifteenth century Florence: merchants and scholars*, Minneapolis, John Parker, 1965. El autor relata cómo en la Florencia del siglo XV se originó un gran foro de debate geográfico. Esas discusiones informales sobre la geografía y otras ciencias dieron un gran impulso al estudio de la cartografía. En esas controversias se llegó a dos grandes conclusiones. La primera, la negación de la existencia de una “zona tórrida”. La segunda, la idea que asumió como propia Toscanelli: que el Atlántico estaba abierto a la navegación y que, por tanto, podría ser una ruta de comunicación para el hombre europeo.

⁹ Según Enrique de Gandía en *Historia crítica de los mitos de la conquista americana*, Madrid, Sociedad Española de Librería, 1924, p. 8, la isla de Brazil apareció por primera vez en el atlas Médicis de 1331 y después en el de Pizzigani de 1367

¹⁰ Pedro de Medina, *Libro de grandezas y cosas memorables de España*, Sevilla, 1548, p. 70.

A raíz de toda esta geografía se realizaron toda una serie de exploraciones que buscaban lo imaginario.¹¹ Éstas se basaban en dos factores que, posteriormente, serían cruciales en la colonización americana. El primero de ellos estuvo vinculado directamente a la cartografía que en la época se estaba realizando; el segundo, a la necesidad de conocimiento que tenía el hombre europeo.

La concepción mítica del espacio marino fue asumida por los cartógrafos, quienes siguieron esa misma línea imaginativa ya marcada por Estrabón. Para éste la percepción y la experiencia se debían combinar necesariamente con la teoría y la imaginación.¹² Este binomio teoría-imaginación lo hallamos perfectamente definido en cartógrafos como Mercator y sus coetáneos. Éstos no sólo dedujeron desde posturas teóricas la existencia de un paso en el norte sino que, además, asumieron como geografías concretas los espacios imaginarios, tanto los que emergían de su presente inmediato como los que venían arrastrándose desde un pasado más remoto. Por lo tanto, en la cartografía de esa época hallamos las geografías ilusorias nacidas en América como la Quivira, Anián y otros, pero también de aquellas tierras fabulosas que se creían poblaban el Atlántico, como la isla de las Siete Ciudades.

En esta misma línea argumental hallamos una serie de globos terráqueos en los que aparecen espacios imaginarios. Entre ellos destacan, por una parte, el realizado por Martín Behaim en 1492, en que se refleja la isla de Antilia —con la inscripción *Insula Antilia genant Septe Citade*—, la isla de san Brandán, las islas Fémina y Masculina¹³ etc.

¹¹ Según Mijaíl Bajtín en *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: el contexto de François Rabelais*, Madrid, Alianza, 1989, p. 358, ese camino no era otro que “el camino legendario de los celtas hacia el infierno y el paraíso”.

¹² Véase el artículo de John L. Allen “From Cabot to Cartier: the early exploration of Eastern North America 1497-1543”, *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 77, 2 (junio de 1987), pp. 501ss. Allen menciona que un mercader inglés llamado John Day en 1497 envió una carta a Colón manifestándole que los británicos habían descubierto una tierra al oeste del Atlántico a la que identificaban con la isla de las Siete Ciudades. Esa misma carta de John Day al Almirante fue recogida por Ricardo Cerezo Martínez en *La cartografía náutica española en los siglos XIV, XV y XVI*, Madrid, CSIC, 1994. En la p. 94 leemos este fragmento sobre la situación de diversos espacios imaginarios en el Atlántico norte: “Y así sabrá Vuestra Señoría que el cabo más cercano a Irlanda está m^occ millas —450 leguas— al oeste de cabo Durrel que es en Irlanda y la parte más baxa de la isla de las Siete Cidades está al oeste del río Bordeos”.

¹³ Carlos Sanz, *Biblioteca Americana Vetustissima*, Madrid, 1960. Esta reminiscencia del mito clásico de las Amazonas aparece en el mapa de Behaim con una inscripción: “Estas dos islas fueron habitadas en el año 1285, la una sólo por hombres, y la otra sólo por mujeres que se juntan una vez al año. Todos son cristianos y tienen un obispo sufragáneo del archipiélago de la isla Escoria”.

Por otra parte hallamos en el globo anónimo de 1530¹⁴ donde aparece la isla de las Siete Ciudades y un estrecho situado en el noroeste. Todos estos mitos se reflejaron, como en otras muchas obras, en el mapa que Albino Canepa realizó en 1480.¹⁵

Sobre la búsqueda de Cabot de las geografías imaginarias hallamos el informe de Ramusio:

principali argomenti, su quali Sebastiano Cabota, confidantasi, persuase a gli huomini di quest paesi, di passare dal Mar septentrionale dalla banda di levanta [...] Nell' India Orientale, o al meno di giugere nel Reino de Cathai, di done sperava ritornarne carico di oro.¹⁶

Asimismo recogemos el informe del embajador Pedro de Alpi en la que concreta que: "Los de Bristol ha siete años que cada año han armado dos, tres, quatro carabelas por ir a buscar la isla del Brazil y las Siete Ciudades con la fantasía de este genovés".¹⁷ Sobre este mismo asunto encontramos en *BN MS-21* el "Fragmento de una carta de Colón a los Reyes, enero de 1495". En estos pequeños párrafos el Almirante manifestaba haber navegado cien leguas más allá de la última Thule y confirmando que los de Bristol surcaban esas aguas. Seguidamente Colón intentó rebatir el error que se tenía en la época de que la zona tórrida no era habitable.

¹⁴ Sobre este globo terráqueo véase el artículo de Julio Guillem "Un globo terráqueo del siglo xvi", *Revista de Indias*, 4 (1941), pp. 97-107. En las fotografías que aporta el autor se puede ver cómo la costa noroeste de América, a la altura del cabo Mendocino, tiene un cambio de rumbo brusco curvándose hacia el este y abriéndose al Atlántico.

¹⁵ Gaetano Ferro en el artículo "La carta nautica di Albino Canepa, 1480", publicado en el *Bollettino della Società Geografica Italiana*, vol. VIII, núms. 4-6 (1992), pp. 231-242, escribe en la p. 236 "Nell' Atlantico sono raffigurate isole reali ed isole immaginarie: una leggendaria Insulla de Brazil è collocata ad occidente delle coste irlandesi ed ha forma rotonda. Di fronte alla penisola iberica ed in mezzo all' oceano stanno Saluagia [...] e Antilia [...]. È evidente che si tratta di rappresentazioni di fantasia, secondo la tradizione medievale che popolava di isole l' Atlantico e che assume, le forme qui accolte a partire dalla cartografia di Andrea Bianco".

¹⁶ Giovanni Battista Ramusio en *Delle navigationi et viaggi*, vol. 3, Venecia, 1583, p. 211. Sobre el mismo tema también se puede consultar en el Museo Naval de Madrid, Colección Navarrete, tomo xv, doc. 5, fol. 53, la "Declaración hecha por el Rey de ciertos capitulos del asiento que tomó Sebastián Cavoto sobre el descubrimiento de las islas de Tarsis, Ofir, Zipango y el Catayo Oriental".

¹⁷ Cerezo Martínez, *La cartografía náutica española*, p. 95. Es de constatar que el embajador creía que Cabot era genovés. Por su parte Louis-André Vignerat, *La búsqueda del Paraíso y las legendarias islas del Atlántico*, Valladolid. Casa-Museo de Colón. 1976, p. 53, recoge dicha carta con el texto siguiente: "Se presume cierto averse fallado y descubierto en otros tiempos en el cabo de la dicha tierra por los de Bristol que fallaron en el Brasil como dello tiene noticia Vra. Sra. La qual se dezia layslade Brasil, e presúmese e creése ser tierra firme la que fallaron los de Bristol".

La tradición atlántica sobre las islas de ensueño también la hallamos en la *Utopía* de Tomás Moro, aunque en esta obra la riqueza material se transmuta por otra de carácter social.

Esa concepción legendaria del Atlántico también se mantuvo gracias a las epístolas de Pablo Toscanelli que Colón recogió

de esta isla Antilla hasta Cipango se cuentan diez espacios que hacen doscientas veinticinco leguas: es tan abundante en pedrería y oro, que cubren los templos y los palacios reales con planchas de ello.¹⁸

Todos estos espacios imaginarios tuvieron un papel indiscutible en la expedición de Colón.¹⁹ El Almirante, que pretendía aquel largo viaje hacia el oeste, pensaba que durante la travesía podría abastecerse en esas islas, lo cual fue uno de los argumentos de más peso para que la corte apoyase esa aventura que muchos consideraban, cuando menos, descabellada.

La idea de hallar esas ínsulas imaginarias fue recogida por los marineros, quienes sin duda las interpretaron a su manera. En ese sentido vemos cómo las declaraciones de Juan de Aragón, de la villa de Moguer, explican que: “Don Xpoval Colón estava puesto con tres navíos para

¹⁸ En *Colección de documentos inéditos relativos a la conquista y exploración de América*, Madrid, vol. 19, 1843, “Carta de Pablo Toscanelli a Cristóbal Colón, 1474”, p. 454. Con esta misiva Toscanelli remitió una “carta semejante a las de navegar” para su mayor facilidad y mayor inteligencia. La carta de Toscanelli y su influencia sobre Colón ha sido, y es, muy discutida. No entramos en ese debate por cuanto nos interesa la forja de lo imaginario. Pero ni duda cabe que el Almirante recibió una influencia directa de los cosmógrafos y científicos de la época, entre ellos d’Ailly, Zacuto, Piccolomini etc. Sin embargo, los escritos de Colón inducen a la idea que pretendía, además de alcanzar Oriente, hallar aquellas islas fabulosas: Antilia, Ofir, Tarsis etc. Vignaud, un tanto exagerado en su postura historiográfica, defendió la idea única de Colón de hallar Antilia. Es en esa concepción fantástica del océano donde debemos encuadrar la afirmación que el Almirante realizó durante su segundo viaje: “Un indio viejo, aquí en esta isla Ysavela, me dixo que en esta parte de los canibales avía una isla pequeña y que los tres cuartos eran oro” Por lo que se refiere a la crítica de tal epístola destaca la obra de Emiliano Jos *El plan y la génesis del descubrimientocolombino*, Valladolid, Casa-Museo Colón, 1979. Jos, en sus conferencias de 1965, se empeñó en defender la “memoria” de Colón como descubridor “único” para España. La posibilidad de que algunos autores destaquen la epístola como eje del pensamiento colombino es negada directamente por Jos. Pero éste va más allá y no sólo carga contra la tesis de la obra de Vigneras, sino que también pone en duda la obra de Hernando Colón, afirmando que es una falsificación de Bartolomé de Las Casas, así como el “Diario de la Primera Navegación”, las “Apostillas Colombinas” e incluso la obra de Pierre d’Ailly.

¹⁹ El tema de la imaginaria del genovés puede consultarse en la Biblioteca Nacional de Madrid, *MS-2497*. “Profecías que juntó el Almirante Don Christóval Colón, de la Recuperación de la Santa Ciudad de Hierusalem, y del descubrimiento de las Yndias, dirigida a los Reyes Católicos”.

yr a descubrir las Yndias que entonces nombravan Antilla”.²⁰ Tal vez por eso López de Gómara en *Hispania Victrix* escribió que “Colón se movió a buscar la tierra de las antípodas y la rica Cipango de Marco Polo por haber leído a Platón en el *Timeo* y en el *Critias*, donde habla de la gran isla Atlante”.²¹

El descubrimiento de América, y consecuentemente el del Mar del Sur, no sólo cambiaron los centros de la economía-mundo, sino que, además, desplazaron los mitos, tanto al nuevo continente como al nuevo océano. Fernández de Enciso también reflejó el espacio mítico del Mar del Sur al describir la isla de Jocat, cerca del Japón: “Que se llama jocat a donde ay mucho oro en abundancia [...] que esta es ofir porque en esta ay grande abundancia de oro y de las otras cosas que se llevaron a Salomón [...] esta cerca de Gatigara a donde se crían los unicomios”.²² La aparición de nuevos y vastos espacios sin mapear fue uno de los motivos para que la “frontera mítica europea” se trasladase hacia el oeste.

El fenómeno mítico fue de tal envergadura que los siglos XVI, XVII e incluso XVIII pueden ser considerados como las centurias de las invenciones. Efectivamente, en estos siglos aparecieron fantasías tan elaboradas que incluso las cortes de Europa participaron de ellas porque lo imaginario, la geografía fantástica, en algunos momentos fue mucho más fuerte que la realidad misma y se superpuso a ella. José de Acosta narró que “Francisco Batablo escribe que la isla Española que halló Colón era el Ofir, de donde Salomón traía cuatrocientos y veinte o cuatrocientos y cuarenta talentos de oro muy fino”.²³

Cartógrafos, cosmógrafos, marineros, soldados y autoridades se dejaron arrastrar por la presencia de innumerables mitos en un proceso que podemos definir como “lógico”. No hubiera habido forma de entender las nuevas tierras si no se le hubiesen aplicado las leyendas y estereotipos mágicos del Viejo Mundo a las que muchas veces se unían clasicismo y cristianismo. Incluso la literatura de la época, especialmente los escritos de Ariosto y Tasso con sus fabulosas islas, o toda la novelística caballeresca, influyeron en la elaboración de fantásticas

²⁰ Juan Manzano, *Colón y su secreto*, Madrid, Cultura Hispánica, 1992, p. 277. *A priori* no descartaríamos la posibilidad de que Colón, siguiendo la descripción atlántica de Toscanelli, persiguiera también el descubrimiento de Antilia. Si el Almirante siguió las directrices de Toscanelli para alcanzar el este por el oeste, no tenía por qué dudar sobre la ubicación de la insula imaginaria.

²¹ Gandía, *Historia crítica de los mitos*, p. 15.

²² Fernández de Enciso, *Suma de Geographia*, 1519, p. 37.

²³ José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, Madrid, Historia 16, 1992, p. 93. Estamos ante un claro ejemplo de cómo la historia bíblica influyó en la imaginaria geográfica del Nuevo Mundo.

irrealidades en el novel continente. Éstos fueron los creadores de mundos de ensueño poblados de gigantes, hadas, islas maravillosas, demonios, monstruos imaginarios, fuentes milagrosas. Todo lo cual fue aplicado a esas tierras de las que no se sabía absolutamente nada y donde todo podía ser posible en una dinámica de realidad/fantasia, de vigilia/sueño que años después sería reflejada en la literatura española.

Tan fantástica imagen del mundo también fue narrada por Cervantes, el cual, cínico como siempre con toda aquella imaginería que le rodeaba y de la que no se escapaba la corte, escribió su relato de *Persiles*. Cervantes,²⁴ siguiendo la tónica de la época, hizo desembarcar al protagonista en una isla cuyas playas estaban formadas no por arena sino por oro y perlas, donde la hierba se transmutaba en esmeraldas, el agua en diamantes y de los árboles pendían rubíes; todo ello en un clima donde la primavera era eterna.

Ese “desconocimiento general” sobre el Nuevo Mundo llevó a grandes equívocos. Un ejemplo de ellos fue el de Américo Vespucio quien, al carecer totalmente de referencias sobre las nuevas tierras, llegó a la conclusión, tras navegar más de cuatrocientas leguas, de que era tierra firme y que: “yo la digo ser a los confines de Asia por la parte de Oriente, y al principio por la de Occidente”.²⁵

Este párrafo corresponde a la carta fechada el 18 de julio de 1500 y dirigida a Lorenzo de Médici. La creencia de Vespucio de que las nuevas tierras eran el “confín oriental de Asia” se modificaría con el tiempo. Algunos cosmógrafos opinaron que no existía ningún paso en el norte ya que Asia y América estaban unidas. Por otra parte, en las “Cartas” de Vespucio vemos cómo éste estaba influido por la materia sagrada, llegando a escribir que pensaba estar cerca del Paraíso Terrenal o que habían llegado a la isla Antilia, llamada Española. Incluso Colón en su *Relación del Cuarto Viaje* creía estar en Asia: “Llegué a 13 de mayo en la provincia de Mango, que parte con aquella del Catayo, y de allí partí para la Española”.²⁶ Tal error lo hallamos también en la *Relación del Primer Viaje* que recopiló Bartolomé de Las Casas. El 23

²⁴ En *Colección*, vol. 22, hallamos una petición del padre de Cervantes reclamando, para su hijo, entonces cautivo, un cargo en Indias.

²⁵ Américo Vespucio, *Cartas de viaje*, Madrid, Alianza, 1986. En la carta de Vespucio a Lorenzo de Médici del 18 de julio de 1500 le expuso que su intención era dar la vuelta al cabo Categara y descubrir la isla Taprobana. En lo que hemos consultado en el *MS-119* “Quarto viaggi, Americo Vespucci” y en el “Codex Amoreti de 1802”. Este último presenta notables ampliaciones sobre el texto del original. Por otra parte, en 1498 Francisco Núñez de la Yerva publicó en la obra *Cosmographia de Pomponio Mela* un mapa en el que creaba un mar interior de la India al unir África con Asia.

²⁶ BN, Vitr. 6, 7, *Relación del Cuarto Viaje de Cristóbal Colón*.

de octubre el Almirante afirmó que “quisiera oy partir para la isla de Cuba, que creo que deve ser Çipango”,²⁷ llegando también a creer que Cuba era tierra firme. En la afirmación del Almirante hallamos la línea de pensamiento que se desarrolló en los debates geográficos y científicos en Florencia. Es decir, la existencia de un solo océano que no era un límite natural, sino una gran vía de comunicación y comercio. Por tanto, el Atlántico y el Índico serían para Colón un mismo mar.

Esa ignorancia total y absoluta sobre el novel espacio condujo a falsas intuiciones por parte de los cosmógrafos, que perdurarían a lo largo de los siglos, y que influyeron —especialmente en el terreno material— sobre todos los estratos sociales. Pero Colón dio más crédito a lo que esperaba encontrar, a su propio deseo, que no a la realidad más inmediata. De ahí que en el Primer Viaje, concretamente el domingo 4 de noviembre, manifestara que “entendió también que lexos de allí avía hombres de un ojo y otros con hocicos de perro que comían los hombres”.

La fantasía y los mitos clásicos también influyeron en la primera concepción del novel espacio. El domingo 13 de enero el Almirante hizo referencia a la famosa isla de las Amazonas de la siguiente manera: “De la isla de Matinino dixo aquel indio que era todapoblada de mugeres sin hombres, y que en ella ay mucho ‘tuob’ qu’es oro o alambre”.

En la diversa documentación generada por Colón hemos hallado rastros y evidencias de esa concepción mítica y legendaria. En la carta que envió a Luis de Santángel narró que “porque allende d’estas cvii leguas me quedan de la parte del Poniente dos provincias que lo he andado, la una que llaman Anan, adonde nasen la gente con cola”.²⁸ Fue en la misiva que envió a los reyes anunciando el descubrimiento, fechada el cuatro de marzo de 1493, donde retomó de nuevo el clásico mito de las amazonas “que la primera isla de las Yndias más allegadas d’España es toda poblada de mugeres, sin ningun hombre”; incidiendo también en la bestialidad de los nativos —o cuando menos su diferencia respecto a los españoles— por cuanto “en la parte más occidental, en una de las dos provincias que yo dexe de andar, la cual se llama Faba, naçen todos con cola”.

²⁷ BN, Vitr. 6, 7, *Primer viaje y las derrotas y caminos que hizo el Almirante don Cristóbal Colón*.

²⁸ AGS, Estado, Leg. 1-2, *Carta de Cristóbal Colón a Luis de Santángel*, 15 de febrero de 1493. Sobre la existencia de hombres y animales fantásticos, Le Goff, “L’Occident médiéval et l’Océan Indien”, p. 282, expresa cómo “les terres de l’océan Indien sont peuplées d’hommes et d’animaux fantastiques, elles son un univers de monstres de deux catégories”.

Tales influencias se hallan presentes en los cronistas de Indias que fueron, en definitiva, los primeros transformadores de la realidad circundante. Éstos situaron en los parajes de la joven América figuras que yacían y a veces florecían con extraño vigor en la mentalidad europea: grifos y unicornios, Amazonas y fuentes de la Eterna Juventud, ciudades y reinos encantados donde la abundancia de oro era tal que asombraba a los más imaginativos. Estas quimeras se sucedieron, especialmente en los primeros tiempos de la colonización y conquista, cuando los recién llegados estaban maravillados, arrebatados, con los reinos y tierras que veían. Mitos como El Dorado, la Quivira, las Siete Ciudades, el estrecho de Anián, la Laguna de Oro etc., se complementaban, de una forma asombrosa, con la interpretación de los más religiosos que veían en los nuevos territorios el Paraíso Terrenal o, cuando menos, la posibilidad de levantar allí mismo la Nueva Jerusalén (ese sueño milenarista que, de manos de los franciscanos, influyó en la primera fase de colonización).²⁹

Todo ello se reforzó con la conquista de imperios extraños y enigmáticos como el azteca o el inca. El ansia por las riquezas queda perfectamente definida en las líneas que Caboto escribió al emperador. En ellas explicó con detalle el citado proyecto que los galos tenían para apoderarse de algunas zonas americanas: “y á la boca del rio de las Amazonas habían de hacer una fortaleza y subir el rio arriba y destruir y matar á todos los españoles y alzarse con la tierra”.³⁰ Colón pensó que La Española era sin duda la isla de Ophir,³¹ de tal modo que

tras consultar el *Imago Mundi* de d'Ailly, y otros textos del Antiguo Testamento [...] llegó a la sorprendente e inaudita conclusión de que esa región era la Tarsis-Ofir [...] y el monte aurífero era el monte Sophora, adonde Salomón enviaba periódicamente sus navíos e incluso puso dos apostillas “Regnum Tarsis” y “Nobile Regnum Tarsis”.³²

²⁹ En este aspecto, el mito de la Edad de Oro sería un intento de trascender los límites de lo histórico. Para una mayor información véase Harry Levin, *The myth of the Golden Age in the Renaissance*, Nueva York, 1972.

³⁰ *Colección...*, vol. 3, p. 512, “Sebastián Caboto denuncia a Carlos V el proyecto que tenían los franceses de invadir las posesiones españolas del Perú”.

³¹ La visión mítica que del espacio americano tuvo Colón fue desmentida por su hijo Hernando desde una postura más racional, más renacentista. Las descripciones que Hernando Colón hizo de la costa americana son de carácter más “físico”, más descriptivo. Véase R. Caddeo, *Le Historie della vita e dei fatti di Cristoforo Colombo per D. Fernando Colombo suo figlio*, Milán, Alpes, 1930, 2 vols. Sobre este mismo aspecto podríamos resumir diciendo que a la mentalidad aún medieval de Colón —conformada por la creencia en un solo océano— se le opone la renacentista vinculada a la asimilación del Nuevo Orbe—de Fernando.

³² Manzano, *Colón y su secreto*, p. 230.

Sobre este tema subrayamos la doble moral tanto de Colón como de todos los demás participantes en el proceso colonizador: la búsqueda del oro y también la del Paraíso. Bartolomé de Las Casas creyó que Colón durante toda su vida identificó la Española con la tierra de Ofir.³³ Incluso Pedro Mártir recogió la afirmación que el Almirante había descubierto aquella insula mágica³⁴ confirmando pues la idea de que poseía una visión paradisiaca, casi profética, de la ruta oceánica hacia una insula donde sería posible el retorno a la edad de oro perdida. Colón, influido por el foro geográfico y científico de Florencia, estaba plenamente convencido de la posibilidad que el océano fuese una ruta de comunicación que facilitaría el hallazgo de las islas tan buscadas: “Colombo trova nell’ *Imago Mundi* l’idea che uno stesso e unico mare bagna la terra dalle Colone d’Ercole all’ India, e leggesse l’ *Historia rerum ubique gestorum*, sintesi della cosmologia e geografia antiche e modeme”.³⁵

En la carta que el Almirante remitió al Papa confirmamos no sólo su idea que “esta isla es Tharsis, es Cethia, es Ophir y Ophaz e Çipango, y nos le havemos llamado Española”,³⁶ sino también la evidencia de su creencia en un único océano. Colón creyó que había llegado al Paraíso Terrenal y lo argumentó con las lecturas realizadas:

Sant Isidoro y Beda y Damasçeno y Estrabo y el maestro de la Ystoria Escolástica y San Ambrosio y Escoto y todos los sacros teólogos todos conçienten qu’el Paraíso Terrenal es en el fin de Occidente, al cual Oriente llaman al fin de la tierra yendo al oriente [...] grandez indicios son éstos all Paraíso Terrenal [...] porque el sitio es conforme a la opinión d’estos santos y sacros teólogos.³⁷

³³ Bartolomé de Las Casas, *Historia de Indias*, Madrid, Salvat, 1960, p. 232

³⁴ Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*, Madrid, Alianza, 1989, p. 105

³⁵ Marinella Pregliano, *Antilia*, Turin, Edimandi, 1992, p. 27.

³⁶ AGI, Patronato, 295 “Carta de Colón al Papa, febrero 1502”, Colón le comunicó que “allí en la comarca es el Paraíso Terrenal”.

³⁷ BN, Vitr. 6, 7, *Relación del Tercer Viaje*, fol. 62 vto. En esta misma narración vemos cómo la concepción espacial que Colón tenía del Orbe cambió a lo largo de sus viajes. Si en un principio pensaba que la tierra era esférica, pronto creyó que su verdadera forma era la de una pera. Por eso en su *Relación del Tercer Viaje*, fol. 6 l. escribió que: “Yo siempre leí qu’el mundo, tierra y agua era esférico [...] y hallé que no era redondo en la forma que escriven, salvo qu’es de la forma de una pera, que se toda muy redonda, salvo allí donde tiene el pezon, que allí tiene más alto”. La concepción del Almirante de un único océano se expresa en tales palabras. Le Goff, “L’Occident médiéval et l’Océan Indien”, p. 294 explicó cómo “l’océan Indien est le *mare infinitum*, l’introduction au monde des tempêtes, à la *terra senza gente* de Dante”. El Índico fue un arquetipo mítico y onírico donde se encontraba el Paraíso Terrenal.

Cualquier tratado sobre las Indias de los primeros cronistas tiene un denominador común: el asombro y la invención, sin perder nunca de vista, tampoco, la conexión bíblica. Asombro e invención que, claro está, se reflejaron también en la cartografía elaborada en un primer momento y que traspasó las fronteras del testimonio escrito, impregnando en la mentalidad de todos la idea del fabuloso mundo soñado.

De esta forma se entiende que personajes ilustrados como Motolinía o el padre Silva, en un momento dado, arremetieran contra esas creencias que daban por sentado que en el Nuevo Orbe abundaban las riquezas. Sin embargo, en un raptó de lúcida ambigüedad y sana contradicción, las potenciaron de tal manera que América fue concebida con criterios absolutamente míticos y legendarios, llegando un momento en que su nombre se convirtió en sinónimo de fábula o cuando menos de tierra encantada. Encanto que también hicieron famosos los primeros conquistadores, entre ellos Cortés, el cual deslumbrado por el reino de Moctezuma e influido por la literatura caballeresca soñó con tierras fabulosas, con amazonas y unicomios, con ciudades de oro y ríos de plata.

Prueba de ello es que en su tercera carta dirigida al emperador³⁸ le habló de la existencia de una isla situada en la costa de Nueva España, insula aquella que se estaba convirtiendo en el perdido Paraíso Terrenal, donde habitaban las clásicas amazonas. Esa invención del Nuevo Mundo fue calificada por algunos autores como “ansia de inmensidad”³⁹ la cual define la postura del hombre europeo frente a un vasto territorio y su búsqueda de fama y gloria.

Sin embargo, a pesar de que el conocimiento sobre el nuevo continente se iba perfeccionando, y por ello caían los primeros mitos, tales como el de las Siete Ciudades o la Fuente de la Juventud, aparecieron otros en los nuevos horizontes: El Dorado, la Quivira, la Laguna de Oro, la Ciudad del Rey Coronado, Ofir, las islas Rica de Oro y Rica de Plata,⁴⁰ el reino y el estrecho de Anián etcétera.

Pero habría que preguntarse cómo fue posible que éstos, pese a ser negados continuamente por la realidad y por las exploraciones, se mantuvieran latentes y pervivieran con una fuerza inusual hasta finales del siglo XVIII. La explicación más razonable de ello es que la idea mítica siguió pujando con fuerza en tanto y cuanto hubo grandes terri-

³⁸ Hernán Cortés, *Cartas-Relación*, Madrid, Atlas, 1971.

³⁹ Véase Antonio Ballesteros, “Hernán Cortés y el ansia de inmensidad”, *Revista de Indias*, 17 (1948), pp. 7-10.

⁴⁰ BN, “Geografía histórica”, vol. IX, p. 337. Se llegó a situar a la isla Rica de Oro y Rica de Plata a 29°48' y 33°24' respectivamente.

torios considerados como “terra incógnita” donde la imaginación aún podía desbocarse libremente. Al desconocerse por completo el espacio geográfico del septentrión americano, éste fue concebido como un espacio sin límite.

Con todo lo dicho podemos afirmar que el descubrimiento, la conquista y la colonización de nuevos territorios se realizó sobre una búsqueda determinada: la del oro. Búsqueda en la que también intervinieron desde la realidad más inmediata —botín, minas y comercio— hasta la más idealizada —Quivira, Aníán, Ofir etc. Fue con la intersección de ambos factores que los europeos se lanzaron ávidamente sobre el septentrión americano —y también sobre el Mar del Sur.⁴¹

⁴¹ AGI, Indiferente General, 1867. Se trata de un memorial que ubica las famosas islas del mar del Sur y los respectivos espacios imaginarios de toda la zona austral.